



Fernando Tornero Torner, nació en Valencia en el año 1974. Aficionado a la lectura de Julio Verne, Michael Ende y Enid Blyton, no descubrirá la poesía hasta los 17 años, que comienza a escribir sin apenas referencias.

Obtiene un 2º premio en el Certamen Maika Ortiz con el trabajo “Desde la calle de enfrente” siendo considerado el mejor poema de amor de todos los presentados.

Este poeta valenciano escribe de una manera limpia y clara, a pesar de que sus versos dicen más en lo que no se lee, dando al lector la participación de descubrirlo.

Esta es su primera publicación acompañado con Luis Gómez.

Ya sabes como
me inquieta
tu ausencia de ruido.
Nada se escucha
después de la despedida.
¿Es tu voz que calla
o es la tarde que acecha
los pájaros con miedo?
Sé que debo olvidarte.
Pero la memoria
del pecho
está en sus heridas,
aquí encontramos el mar,
aquí tu boca y la mía,
aquí yo, solamente.
La felicidad nos
pasó por encima
sin más.
Sé que mi corazón
calla en el primer
segundo del silencio,
donde el rechazo duele
cómo una puñalada.
Pero de nadie es la culpa
si no se enamora.
Mis labios entienden
el frío con paciencia.
Y por una vez
tu espalda alejándose
está bien.
Tú terminas,
yo empiezo.

Mandas mi piel,
la alejas.
En otro cuerpo
en cada cuerpo,
me quieres
-nunca el tuyo-
Y te descubres,
si es preciso,
tumbada sobre la yerba,
como lecho de río,
aún con restos
de lo que vieron
de ti, unos ojos
otros ojos
-nunca los míos-
Y te agigantas,
llegas a cumbres,
dónde tu belleza
existe en sitio preciso,
por otros, de otros
-nunca de mí-
Pero yo pertenezco
al amor y a la espera;
soy la espera de ti,
más que de la vida
y de mí mismo.
Y en cada beso
otro beso
tú estarás,
no de otros
-siempre de mí-

Calladamente y en silencio,

te miraba.

Con el pensamiento y la carne,

la sangre y los huesos,

te miraba.

Tus ojos índicos, atlánticos,

donde bogan

mis pacíficas ausencias.

¡Tú, belleza que a la rosa

en duelo la marchita!

¿Qué corazón sale ileso

de tu mirada?

Aprendí el nombre de las estrellas

cuando fijamente,

te miraba.

Cuando por ti, despacio,

se abría fúlgido el cielo

que oculta mi tristeza.

Siempre amanece en la claridad de tus ojos.

El alba despunta en tus párpados

que se abren.

Todo riela quietísimo

en tus sombras alejadas.

Todo yermo y todo oscuro,

si calladamente y en silencio

dejo de mirarte.

¡Ah, ojos que te vieron,

ojos cerrados

que desde los huesos,

ebrios, te siguieron!

Temo a la memoria

que olvide,

qué honda ceguera,

si calladamente,

y en silencio,

no te hubiera mirado.

Alargo la mano y puedo tocarte.

Tu desnudez se ofrece
a todos mis sentidos.
Tu cuerpo es un continente
sin barreras ni fronteras,
un lugar donde mis labios
pueden besar si quieren.
Alargo la mano y estás ahí.
Tu piel y mi piel son la piel nuestra.
Tu aire y mi aire, es el mismo que respiramos.
Todavía somos el mismo ser que
acaba de entregarse y consumirse.
Alargo la mano y eres mía.
Tu inmediatez no me dice lo contrario,
Este instante es certeza:
Solo ahora, solo ahora eres mía.
Tal vez me ames, sí,
cuando mi mano no te alcance.
Cuando lleves tus pasos y tu vida
por los lugares que no compartimos.
Cuando nuestra distancia
sea un segundo previo al olvido.
Tal vez me ames, sí.
O tal vez no,
Pero alargo mi mano y puedo tocarte,
y mis labios te están besando
y tu piel recibe tibia aún mis besos.
y tu continente es el lugar
donde mi amor te encuentra
solo ahora, solo ahora.

Como un suave incidente,

una caricia involuntaria
que nos cae en la piel
y nos despierta.
Así llamaste al quietísimo
corazón que hondo
yacía en mi pecho.
Apareciste en el tiempo
en que las cosas
estaban sin sentirse,
y uno era ingrávito
a voluntad
porque nada interesaba.
Traías un jardín oculto
ceñido a tu cintura.
Desbordabas el momento
con flores de almendros
y granados.
En tus manos guardabas
el tacto inefable para el verso.
En tus ojos,
se abría pura mi sonrisa.
Tú, vida posible,
mirada vertical
sobre mis pupilas heridas.
¡Qué amor renace,
súbito, enfebrecido,
por un cuerpo que llega
y nos responde!
¿Fueron las palabras
que bogaron seguras
por el hendido silencio
hasta mí?
Tú, acontecimiento
que reúnes
la luz meridiana
que me saca de las sombras,
como un suave incidente,
caricia involuntaria

que reclamo mía.

Súbitamente,

el amor.

Derramándose llega sobre el alma,
como la tormenta incompasiva
que oculta el verano.

El corazón aletargado,
avisa de su presencia
en el hondo pecho que lo acoge,
y las retinas distinguen colores nuevos,
y los peces rojos no se escapan de las manos,
y todo puede cantar y recitarse,
¡El cielo entero es la vida posible!

Súbitamente,

Solo se conocen palabras nuevas,
y la sonrisa se apodera
del sueño sin rostro,
y ninguna sombra es nuestra,
y la intención renace

y se conjuga en segunda persona,
Y el silencio ¿qué silencio?
y uno parece apropiarse egoísta,
de la felicidad del mundo.

¡Hasta el mar puede abarcarse
con los brazos!

Súbitamente,

el amor.

Como las olas que ganan la arena,
e inundan las huellas grises,
como la luz que tiene el brillo
del primer segundo del Universo.

El Universo, la vida, el amor
¿acaso lo mismo?

súbitamente,

si.

Estás, lo sé.

En el arrullo de la noche
que tiñe de oscuro los cristales,
y el sueño cae como una niebla,
y los párpados caen ya negros,
sin luz, cansados.

En ese momento llega
apurada, hendida
por el frágil rumor
de la realidad que duerme,
una brisa audaz de jazmín.

Y tú estás.

¿Pero cuál es tu rostro?
¿Dónde dejas el silencio
de tu sueño al despertar?

¿Dónde vuelves? dime,
ya sin mundo, sin mí,
sin este nosotros
irreal que nos mantiene
vivos, menos vivos,
casi muertos
de esta distancia
infranqueable
hoy, mañana, siempre.

No es posible encontrarte
desde nada.

No basta el amor sólo
que te espera desde mi alma,
desde el fondo del alma mía.
No te traerán los propósitos.
Eres como el verso más bello
que se resiste a ser escrito,
como el corazón condenado
a sangrar siempre.

Pero estás, lo sé.

Y creo en el segundo exacto
de tu boca y la mía,
besándose ya con piel,
con carne, con todo.

Mañana, porqué no mañana,
cuando el sol y la luna
hagan del alba un acto íntimo,
al despertar quédate cerca,
y si no me ves,
si no recuerdas mis rasgos
que rielan todavía en el rocío,
desnuda de ojos tu mirada,
y búscame
con tus labios que intuyen.
Tus labios donde siempre
estoy, lo sé.

Me detengo un instante
sobre la piel tibia
que te contiene.
La mirada yerra en el propósito
de abarcarte,
tu cuerpo se desborda
ante la intención
de encerrarte en dos pupilas.
A tu lado soy
como el niño que nace.
Todo lo que se ve,
se ve por vez primera.
Observo como la belleza
se reúne en ti
radiante y completa.
Hermosa como la única cara
que muestra la luna,
sabiendo ser suficiente.
Me detengo en ti,
mi piel solo encuentra descanso
sobre la tuya.
No despiertes ahora,
mi voz desprovista de palabras,
es el silencio que te acuna.
Que tu presencia se prolongue
lo que mi retina perdure.
Para mirarte quiero mis ojos,
nada más.

Mañana me habré marchado.

Del mar admiro
su empeño inagotable
en conquistar la playa.
Ya los días de llorarte
son más que haberte amado.
Mi camino es aquel
donde los ojos se cierran,
allí donde el miedo impera,
pues salir de tu abrazo
es quedarse indefenso.
Mi camino es volver a la tierra
perdiendo los recuerdos.
Nada queda en el aire
de aquello que dije,
tal vez tu piel exista
siempre con mi tacto.
Mañana me habré marchado.
Nacer para amar y morir sólo.
Dejaré de pactos lleno
el calendario.
Hay brisas advertidas
de calmar el viento que te doble.

Cuando me besas,
y el albo consentimiento
de tu boca y la mía juntas,
revela tu belleza por dentro,
las raíces de tu belleza,
la savia de tu sangre
que culmina en la flor
de eterna primavera
que es tu rostro,
es entonces que besas
mi pasado,
las aguas de este arroyo
de curso afortunado
que me ha llevado a ti.
Cuando me besas,
y toda mi piel
se reúne en mis labios
esperándote,
y se desnuda de auroras
y ocasos que nos despidan,
y los ojos se cierran
porque esta intimidad
no es de luz y mirarse,
es entonces que besas
mi presente,
las alturas donde me encuentras
y gano esta cumbre imposible
de besarte ahora.
Cuando me besas,
y puedo sentirte dentro
de mis latidos,
y sé que de esta distancia
yo saldré cambiado,
es entonces que besas
mi futuro,
mis ojos que se abren,
y se ciegan de tu cuerpo
luciente , por mi estremecido,
claridad que deja

incierto el horizonte.
Cuando me besas,
no lo sabes,
yo te lo escribo,
no te besas solo conmigo.

Ayer vi tus ojos y supe
del azul del mar y el cielo.
Acariciabas las cosas
observándolas.
A tu vista acudía todo
mejorándose.
Las personas apurando
sonrisas amables,
las hojas secas soñando
con remontar el tallo.
La mañana traía incluso
luz más blanca.
Y en esa claridad
de inventarse,
de arrancarse los pétalos
ya contados,
de ocultarse ignorando,
que el tiempo revela al amor
cualquier engaño:
Yo era la única sombra.
Y fue entonces que tus ojos
me miraron
y les oí decir:
¿De dónde traes esos colores, mariposa?
Tan míos, tan vivos y míos.
Y les dije:
Son tus ojos los que miras.
Te ves en mí, como tú eres.

Acabas de colgar.

Tu voz sigue diciendo Adiós unos instantes.
Los barcos sueltan sus amarres
y vuelven de nuevo al mar.
Dices adiós, y es cierto.
La piel que no nos mira,
las palabras que nacen y mueren frías,
la indiferencia que se esconde en el aire y la respiras.
-Mis ojos para ti nunca estuvieron cerrados-
Acabas de colgar.
Los marineros se visten con impermeables.
El cielo es una boca de lobo.
-Ahora sé que no he podido besarte suficiente-
Dices adiós, y ya empiezo a recordarte.
La ciudad se encoge hasta ahogarme dentro.
Los mástiles y las velas se pierden en el horizonte.
El olvido llega reclamándote.
Imposibles parecen el destino y las olas.
El océano aguarda paciente e infinito.
-Hay que partir de donde no nos quieren-
El viento nos lleva.
He colgado.

Puedes venir conmigo,
a robarle al manzano
la fruta aburrida
que nos haga pecar
hasta el último mordisco;
a respirarnos el azahar
de los naranjos
y volar Valencia
hinchados como globos;
a buscarnos en la piel
carreteras nuevas
y tumbarnos en la tierra
encogidos como hormigas
para tocar las estrellas;
a reírnos de la superficie
de las cosas
y matarnos de risa
en las profundidades;
a esconderte entre las rosas
cuando anochece
y volverme loco buscándote;
a salir de casa
y olvidar los ojos
para mirarnos toda la tarde;
a bebernos los lagos
masticando los nenúfares,
dejando los cuerpos desnudos
en la orilla;
a hacerles confesar
a los parques
los secretos de sus piedras
y ver que alguno sabíamos;
a correr nos la nostalgia
palmo a palmo,
alargando el placer
hasta donde nos dé la gana.
A vivirmos la vida
el uno del otro,
puedes venir conmigo,

a certificarnos
esta soledad
de estar tan juntos.

Llegar a casa,
seguir ausente,
la carne enfriando
las paredes y baldosas,
dejar el aire muerto
después de respirarlo.
Y todo calla,
las gotas del cristal
quedamente resbalan,
la indiferencia abjura
el llanto que se esconde,
ni las lágrimas limpian
de negro la mirada.
Y todo es nada,
las horas pasan
y sobrepasan.
¿Pero por qué
no vivir?
Vivirlo todo, desde dentro,
gritarlo afuera,
isoy tanto amor como vida!
itan latido como segundo!
Llegar a casa,
cierta, nuestra,
sabiéndola, esperándola,
y unos pasos
que hacen familiar
el movimiento,
se acercan,
y una voz dice hola
dejando el aire
herido de jazmín,
y entonces yo
me escucho en mis actos
beso tu boca al llegar,
y bendigo la suerte mía
de tenerte.
Te quiero porque asustas
el silencio,

Mano a mano – L. Gómez - F. Tornero

y juntos amor
hacemos ruido.

Este jardín esconde mis pasos.

Mi soledad imita sus recodos.

Aquí acudo en retirada

de mis decepciones,

de la palabra amistad,

que suena terrible

de tus labios.

Destino incomprensible

para el ser que ama.

Aquí puedo estar

conmigo mismo,

contener el contagio de mis penas

entre el silencio de las plantas.

No prodigarme por la suerte

todavía posible.

-Mis bolsillos están llenos de fracasos-

Este jardín que me conoce,

son las calles de mi interior,

los rincones transitables

de mi alma.

A veces el rocío y mis lágrimas

despiertan las flores,

a veces se duermen

mientras me piden

que les invente nombres.

-Aquí todas las rosas llevan tu nombre-

Este jardín que esconde mis pasos,

tiene fuentes de versos

aún no escritos.

De ellas bebo cada noche,

cuando mi sombra y el silencio

cierra este parque.

¿Dejarás algo más de ti
después del beso,
si acudo a tus labios
que me reclaman?
¿o ha de arder
como una llama
tu sabor eterno
en el recuerdo?
Prefiero el fracaso
del misterio
a conocerte al tiempo
de olvidarte.
Nunca sabría
si esa piel
es siempre fresca,
o llegó de rocío cubierta
una mañana.
¿Qué hay de seguro
en lo breve
de un instante?
Cierto es tu cuerpo
de carne y verso,
pero yo no quiero
recitarme su ausencia.
Me haces renacer
al mirarme,
y sé lo profundo
que es la muerte
si cierras los ojos
conmigo en las pupilas.
De otras sí,
mas no de ti.
Pues de ellas
no hay caricia
que se aferre a la vida.
Y de ti,
viviría en la única caricia
que me diste.

Ven conmigo amor.

Seguimos al céfiro viento
que te trajo con la primavera.
Volvemos al lugar donde
arrancamos del destino
los pétalos del amor
que nos pertenece.
Al mismo lugar donde besarse
se hacía sin tiempo y sin espacio,
y los besos acudían confirmándose
después de haberse pensado.
Tú llegaste con la conmoción
que provoca siempre
la caricia primera.
Eras la rosa que sobrevive
al invierno y al que no enamora.
La rosa que exhala
el deseo supremo
que esconde sus espinas.
Ven conmigo amor,
que esta brisa cálida,
es como el aire que pasa
entre tu cuerpo y el mío.
Como los labios que
se detienen juntos
y se respiran.
Ven conmigo amor,
que nada ha de importarnos,
que estamos hechos
el uno del otro,
que soy el corazón
que siempre te perdona.

Ah, si hubiese sido un violín,
apurado lamento
que deja la nota en el aire,
ingrácida,
equidistante del corazón
y el oído que la escucha,
quizás entendiera
qué candor,
¡qué sublime sobresalto
puede contener
una noche cualquiera!
Ah, pero fue tu voz,
tu voz clara, clarísima,
de tu pecho joven,
voz que me buscaba
curiosa, insolente,
con al atrevimiento
puro que tiene el amor
que explora.
Y ya no era posible,
las miradas se encuentran
como dos espadas en lo alto,
ojos que se necesitan
y urgente improvisan
su lenguaje.
Ojos que ya no dan
marcha atrás.
Y de mi vista se borra
todo menos tus labios,
tus labios rojos, rojísimos,
del rojo intenso
de fraguas remotas
donde el amor se aviva.
Labios lucientes,
con el brillo propio
que encuentra
el que, rendido, espera
ya besarlos.
Caricias que se aprenden

como al fuego,
y la piel las conserva
siempre.
¿Qué amor es
el que llega primero y no se olvida?
Numen palpitar
que en las noches silentes
se escucha hondo
en el alma.

Duerme tranquila mi niña

que nadie molesta tu sueño,
que yo estoy aquí a tu lado
para escribirte unos versos.
Para decirte cosas, niña,
que despierto no me atrevo,
y al amparo de la noche
esta nota aquí te dejo:
Cuantas estrellas
tiritan en paz a lo lejos;
y como presume la luna,
cuando sabe que estás durmiendo.
Duerme tranquila mi niña
que nadie molesta tu sueño,
mi poema está listo
y aquí ya no me quedo.
En mi mente leí cuatro versos,
y en tus labios,
mañana
el resto.

Todo me habla de ti.

Toda felicidad casual
que nos saca del trance
de lo cotidiano.
Todos los besos
que recuentan los parques
cuando se cierran.
Todas y cada una
de las gotas de una tormenta,
todo el frío de mi casa
que se advierte de fuera,
las esquinas que rompen
el viento y los ojos.
Todo me habla de ti.
Detrás, detrás de todo,
detrás del duro silencio
de las cosas,
hay palabras, voces,
desde lo oscuro,
que saben tu nombre,
y me señalan
palpitando vívidas,
el aire mismo donde
se sostienen,
el eco, acaso de tu voz,
de aquello que tal vez dijiste,
cuando yo no estaba.

Te amé del único modo
que se quiere para siempre:
De verdad.

No sospechaba la magnitud
que alcanzaría ese rápido colapso.
Ese impreciso instante en el que
unos ojos se detienen y nos miran,
y parece que nunca antes nos han mirado.
Ese indeterminado instante
en que uno tiene la sensación
que la garganta se cierra y le estrangula.
No sospechaba que el cataclismo que
traías contigo, se prolongaría
más allá del año que estuvimos juntos.
He de confesarte,
después de haberlo hecho conmigo mismo,
que no significas para mí
ese amor incompleto,
ese rencor que deja estar solo,
esa desesperanza de amanecer entre lágrimas,
ese volar contigo y caer desde lo alto
No.
He de confesarte
que toda esa suerte de desengaños
que ha supuesto el estar contigo,
no ha sido más que la herida
con la que desperté,
la herida que me dijo está
aquí el mar y atardece,
el mar, el amor...
La herida que todavía hoy
basta con evocar tu rostro
para que se abra y duela como la primera vez,
para que se abra y recuerde que estoy vivo.

Siempre he creído

que el castigo de mi soledad
es buscarte
y es extraño
pues esta desaparece
cuando te pienso.
Aunque tal vez
son los silencios
de observar tu imagen
los que la alejan.
Y digo tal vez,
porque no entiendo
la piel tan fría
si el corazón arde,
si sé que existes
y el tiempo no comprende
detener su camino
y esperarnos.
Pero es bueno saberte posible.
Tú darás sentido
a cada una de las lágrimas.
La soledad
es el primer paso
para dejar de estar solo.
Mientras,
yo vivo un poco más
en cada verso.
Y con este poema
ensayo el lenguaje
que cambia
a tu llegada:
Nadie por ti.
Yo por nosotros.

La lluvia ha llegado esta tarde.
Apareció de pronto, espontánea,
mojando las aceras de agua
y nostalgia.

Tú siempre llegas con ella.
El amor que arde y se consume en el recuerdo.
Los fantasmas que vuelven siempre
cuando uno está solo.
La agonía de hálito justo para pensarte.

La Lluvia llega,
y la ciudad se encierra en sí misma.
Las calles se vacían de una en una,
La tierra de los parques
revela su olor con las primeras gotas.

Tú idéntica, en estas tardes,
golpeando el llamador de mi alma,
inundando tu presencia por
olvidos y principios nuevos.
Pasos atrás que reconozco.

La lluvia crece, mientras el cielo
se rompe en luz desde la garganta.
Alguien no puede salir del coche.
Los parques están cerrados.

Aquí,
cuando el componente nostálgico
de la lluvia lo desee,
volverás sin anunciarte.

No lo sabes, no.
Estoy por las calles
en la lluvia.
En la garganta rota
de no poder nombrarte.
El negro de la noche
es el vacío
que de ti siento.
¡Ah, tiempo que no conozco!
transcurrir sereno
entre tus brazos,
instantes o abismos,
palpitar innumerable
de sentirse por fin,
hasta el fin, contigo.
Pero necesito tu muerte,
tu diaria muerte,
la inexistencia absoluta
de tu ser en los segundos.
Dejarte donde existes
pretérita y distante,
lágrima o sonrisa,
recuerdo involuntario,
donde nunca permaneces.

¡Qué amor sencillo era
el único miedo
no ser querido!
Todo era serenamente
preciso, como tallo
de firmeza irreductible
a los pétalos desbocados.
Todas las palabras
dichas, se prendían
más allá de los labios.
El lenguaje iba
atrevidamente enrojecido.
Así podíamos querernos
con la eternidad
que gobierna
a los amantes.
Ese espacio propio
donde mañana
no cabe en el pensamiento.
Después,
cuando nos dimos cuenta,
estábamos llenos de culpas.
Éramos siempre futuro.
Amantes más, ya lo creo,
pero besar no era
tomar esa isla
donde la boca
es refugio seguro.
Besábamos vidas,
y carne, y tu amor
y el mío, y promesas,
y remordimientos,
y cualquier cosa
haciéndose eco.
El amor se nos hizo

vida entre las manos.
¡Envidia a los que
se empiezan a amar
o se aman todavía!
A salvo de ellos mismos,
puramente a salvo.

Ayer te vi,
venías en otra mujer
que no eras tú.
Estuvimos juntos
lo que tarda la luna
en dormirse
en las ventanas.
Desde su voz,
destejías el silencio
de la ausencia.
Su boca decía
cosas tuyas.
Una risa terminó
por unirnos los labios.
¡Hace tan grande
tu sonrisa mi alma!
Te servías de ella,
quisieron ver sus ojos
aquello que mirabas,
¿era yo? ¿llegué a ser
yo donde ella estaba?,
a veces soy yo,
a veces el que aguanta
todavía.
Ayer, fue ayer.
En el interior
de un cuerpo no tuyo,
donde ya no te espero.
En otra mujer de esas
donde siempre te pierdes
antes de ser tú.

Estabas cerca de mí.

Te detuviste a mi lado
y ya te amaba.
¿Qué locura es querer
en un instante?
No te trajeron los pasos,
ni las calles de esta ciudad
que aprendí buscándote,
ni una ráfaga de azahar
completamente perdida,
ni la tierra de los parques
abrazándote encubierta.
-las rosas te hubieran delatado-
Yo pensé si acaso eras un ángel.
Te vi posarte sin más,
como la hoja seca
que apura el verde último
jugando con el viento.
Te vi llegar tal vez,
desde el dorso de mis párpados,
desde las rocas negras
por dónde el río pasó
con una sonrisa.
Estabas cerca de mí.
Te detuviste a mi lado
y ya te amaba.

**Llegabas no,
aparecías.**

Pues sólo así se entiende
esta rotunda hermosura.

Creerte posible
no es tenerte a mi lado.

Era la primavera
que reverdece
un corazón como tallo.

Era vívida el alma
que sin cuerpo se mostraba.

¡Qué riesgo conocerte!

Era seguro caer
enamorado.

Suerte la mía
que siempre pierdo
y al amor me enfrento
como a sueños.

Aparecías, sí.

Por su boca una rosa
de fresco el aliento
y de rojo los labios.

Por su cuello,
el aire se crecía.

No podía dejar de mirarla.

Mis ojos antes muertos
que retirarse
nada sabían del descaro.

¿evita la lluvia
caer en los tejados?

Más quise de ella,
más de la piel
no escondida,
más del lugar
donde yacen varados
antes que yo
otros intentos
-crecidos en ignorancia

cruzaron tus predios-.
Más quise
y nada es más difícil,
que hacer realidad
y conquista
aquello que deseamos.



Luis Gómez, Huelva, 1966

Mano a mano – L. Gómez - F. Tornero

“Sólo sé que sé
lo que sabiendo no sé decir”

a Cristina Fuente

Calladamente triste

Pero a veces me gusta
esa manera de estar
calladamente triste,
inquietante soledad
que siente el desgaste
del tiempo que me tiembla
entre las manos
y las cenizas del cabello.

Pensar que no hay gloria
en escribir y en cambio sí
en tocar las llagas que en los ojos
la noche me hunde,
aunque luego la palabra
lo niegue y asome de la niebla
como un lirio,
bella paz sobre la mesa
al primer pan del día
que me muestra sin vacilar
los caminos que no andaré.

Prefiero el río de septiembre,
las lluvias y las sombras ciegas,
naufragar y reponerme
para naufragar de nuevo,
no quiero coronas
ni ahogarme en océanos
de derrotas y de triunfos,
mejor la mirada agachada
de las candelas,
soledad torpe del umbral,
pactada tristeza para esto.

Este muerto de miedo

No seas como yo,
este que teme no temer
y cuida como un tesoro
el viejo libro del estante
sin querer acabarlo por no perder
a trozos la tarde y el alma,
la vida y el alma,
este que exilia las manos
a la imposición y al desastre,
este que no es este
por miedo de ocupar los espacios
que me llevan a la derrota
del este que sí es este,
solitario y atrevido,
igual de vacío que lleno,
este vivo de miedo,
este muerto de miedo.

Llora cielo mío

Llora, cielo mío,
a ramos entre briosos celajes,
retorna los muertos a la tierra
y por los huesos empapa
el alma mía, viento lateral
como brotan los arpegios del arpa,

al ritmo, al ritmo sediento
con que los amantes festejan,
campea por los blancos algodones
de cielo interrumpido,
que las rosas bajo el árbol
sean tu nuevo almuerzo,

llueve por mi rostro
lágrimas de ausencia amorosa
y riégame las ganas para otras,
y llora, cielo mío,
por aquellos que no saben,
moja el vino del mendigo

y las catedrales que dejan de serlo,
deja al descubierto esplendores
por la dicha y fúndete
con los que pensamos que el amor
aún llega sin aviso,
labios de nunca hasta ser de siempre,

llueve sobre mis dudas
y no sobre mis aciertos,
sobre estos pájaros de verano,
sobre este mar de verano,
sobre este río de verano,
llora, cielo mío, llora.

Soledad

Soledad que te has dado
a las cárceles del olvido,
siendo el hierro la palabra,
siendo la palabra tu camino,
y me asaltas y abandonas,
me amasas como luego el trigo,
soledad, si eres libertaria
¿por qué en ti me persigo?

Después de todo, por fin
caen tus telones de sombras,
y más unido a ti me siento,
decir flaco río, playa rota,
multiplicar lo que no hallo
en lo que tampoco me brota;
serás soledad, esposa mía,
y mi palabra te besará la boca.

No me echas al destierro,
no me hurtes la monotonía,
no vayas a caber otras noches
las horas que te hunde el día,
nadie es dueño del aire
aunque en la ventana eres mía,
llegas cosiendo silencios
pero al final siempre gritas.

Oigo tu voz como un coloso
poniendo en tu palabra labios,
inexorable, suaves desdenes
que en las paredes dejamos,
como un tesoro al descubierto
y sepan todos que te amo;
soledad, recógete en mi pecho,
la frente, los huesos y las manos.

Voy a tener un poema

Si en tu rostro la luz reverbera
como el sol sobre algo amanecido
y mirándote de frente me dijera
en sus ojos vive el sol mío;
si en la esquina un aire ligero
de repente te acaricia la prenda,
y la gasa se pega a tus pechos,
de ese acto voy a tener un poema.

Si la hierba te abre un camino
y el viento juega por tus mitades
siendo la veleta del viento mío
lo profundo del cielo que alzaste;
si tenebrosa y altiva, conmigo
el amor que te aviva lograste,
te diré que en ti habita un río
y lo escribiré para agrandarte.

Si fuerte y lánguida quisieras
y roja me contestaras con desdén,
y en el fondo nunca supieras
el hombre de este inútil empeño;
si, alma mía, luego amanecieras
en mi ventana como dulce acierto,
de ese acto voy a tener un poema
a segundos por cada momento.

Frente al mar

He aquí que rozo el mar de frente
como un súbdito en las mareas,
aquí mis pensamientos en fila
descarnados por saber que piensa.

Giro a tropeles por los ángulos
oscuros abarcando lo que azulea,
verdes rescates por la esperanza
que despoja el mar en la arena.

Luchando por cielos envueltos
a ramos briosos, vaga tristeza;
he aquí que camino donde voy
sabiendo que el mar me espera.

Soy uno como tantos otros
que ven con la mirada primera,
rostros de antiguos llantos y sí,
ojos de mar, tertulia placentera.

He aquí yo sentado en el paisaje.
Escucho el mar, mujer secreta
que se levanta a cientos las olas
donde nace y después se ausenta.

Pupilas niñas

Entonces, cuando el sol
brinda en las copas
que beben en mis ventanas,
y me giro
y te contemplo
con la primera mirada,
me doy cuenta que no es el día
el que ilumina las cosas
sino las pupilas niñas de tus ojos,
muchacha mía, muchacha.

Catástrofes

Yo quisiera no estar tan próximo
a las horas venideras,
a estas catástrofes
que nos interrumpen
a los que venimos
de las cosas antiguas,
por ejemplo,
escalar en el amor
las dependencias puras
a su conquista.

Yo quisiera aún
el paisaje desnudo del río
y las muchachas alegres;
entonces espigaban al domingo
el lirio y las amapolas,
cuando el sol entraba
en otros patios a la vez
y en las puertas solían
sudar en blanco las uvas,

cuando todo era rojo acaso.
Yo quisiera recordar mejor
la protesta de los labios
por el beso debido y caracolas,
caminar inexorablemente
hacia atrás y besarlos
en dobles movimientos
sin dejar huellas
como excusa para el llanto.

Yo quisiera vivir en el viento,
despertarme prolongando
tiempos de meditaciones,
sin pensar en lo que duelen
estos olvidos de antes,
rojo y blanco en relámpago

por la tierra;
yo quisiera tener voluntad
para oponerme a mí mismo.

Olas tristes

Tan parecidas a la mañana
hacia las puertas vagabundas,
lamen sus heridas profundas
y sangran en las ventanas

¡qué solitas las olas se quejan!
como un lienzo azul y blanco
impregnadas en sal quebranto
se dejan al olvido de la marea.

Lloran en la espuma altiva
hacia donde majestuosas,
mueren en belleza las olas
que se hincaban en la orilla,

como si quisieran el candor
en la hoguera de unos pechos
recién estrenados y rectos,
infatigables dientes de amor.

Hoy, parecidas a la nada,
hacia las puertas vagabundas,
lamen sus heridas profundas
y sangran en mis ventanas;

al primer llanto que lloran
y al desconsuelo en la arena;
soy yo el amago de la tristeza,
soy yo la moribunda ola.

En la esquina, la mar de verano
se destila en azul amarillento,
quedaron atrás y muriendo
¡ay, tristes olas en mis manos!

Verte o no verte

¿Quién pone la claridad en tu rostro
para que la tierra gire en ti, amor,
manos sobre la hierba?

¿Qué hora de apretados pasos?
¿Luego del instante vivido?
Sábanas. Dicha blanca.

¿Quién cierra tus ojos
para que en lo oscuro te pierdas?
¿En qué palabras bostezan tus cielos?

¿Dónde nacen tus finales?
¿Qué otras muertes en delirio?
Pero sobre todo,

¿quién eres tú de pronto
que haces que la medida de mi tiempo
vaya de verte a no verte?

Marinerito de Huelva

Sé que algo oscuro me acecha,
algo triste -pensaba el marinero-
sé que cuando llegue a puerto
verteré lágrimas en la arena.

Navegando, mellizo de su estela,
ah, marinerito azul, marinero
acodando en la borda el momento
en que barca y muelle se cincelan.

¿Qué le sucede en su pena?
-hablaba el viento con otro viento-
murió la ría y ese es su lamento
y lloraba el marinero su tristeza.

Marinero ¡ay, marinerito de Huelva!
se te fueron los años ¡ay, marinero!
piensaba por qué al cielo
si dejó en el mar la vida entera.

En la orilla vivirán tus huellas
y al brío bañará el mar tu cuerpo,
hermano de un sol alegre y lisonjero,
aunque reposarás en las estrellas.

Se te murió la ría más te vive el delta,
le esbozó una sonrisa a los aparejos,
y entre redes se fue muriendo
¡ay, marinero! marinerito de Huelva.

Y digo

Y digo mar y digo arena,
y sol de hielo y noche oscura,
y expongo mis árboles
como manos hacia arriba.

Y digo verdes campesinos
y falanges por la tierra,
y marineros azules
donde trabajan las redes.

Y digo también música
arrogante por sus arpegios,
y viejo faro
por sus blancos resplandores.

Y digo amor, amor
golpeando mi sangre,
y mis ventanas quietas
con movimientos de muerte.

Y digo rojos párpados
que brillan donde nos ven,
y comulgo en el aire
sus dulzores fijos.

Y digo donde sólo laten
los solitarios sepultados,
y digo que en ti me busco,

1y todo es tan relativo
como inventar qué decir
para no morder tu ausencia.

Mi tiempo y mi no tiempo

No siempre la palabra
honra mi conciencia,
ni las nubes ni el árbol,
ni el camino largo
o las veredas,
mi palabra va al son
de la fija mirada,
espinas convocadas
que se tumban al sol.

Los actos ya quedaron
al no afán que azotan
y escribo a lo que recuerdo
¿quién sabe lo que el viento
en la hierba aloja?
Será que me olvido
o quiera olvidarme
por no pasar las tardes
en lo que hemos vivido.

Mi palabra vive dentro
como el mar en una ola,
girasoles de sueño,
salones sin dueños
con sonido de caracola,
umbrales cuyos peldaños
al extravía y la pausa,
ángel de luz y de agua,
compañeros de mis años.

En las fijas miradas;
vivo donde quedo
y que en la frente anda,
hielo o ardiente brasa
que recibe del fuego
la vida en un minuto,
el mundo en un pañuelo,

y ni mar y ni tierra, cielo
en mis ríos diminutos.

No tiene la palabra
mi edad al momento,
sí van mis horas venideras
a arrojar en lo que durmiera
mi tiempo y mi no tiempo.

Cuando escribo

A veces la noche se nace
para que las calles me pertenezcan,
y son míos los parques cerrados
difíciles y obtusos,
el pan en el cuerpo
de las muchachas de la esquina,
y paso frente a mí
y frente a vosotros en horas diversas.

.
Cuando escribo son mías
las gaviotas celestes,
lo que fue tocado por el sonido
hasta ser arrullo,
son míos los asolados,
el polvo y la piedra
después mansa bajo otras,
son míos los patios resplandores,
el tiempo que acumulo
pensando que el amor aún existe.

.
Me gusta entonces caminar desnudo
por mis vigiliass a cientos
amando la luz amarilla de las farolas
aunque me hagan sentir
malvadas ausencias,
mirarme y besar marzo
que siempre huele en mis papeles,
mirar en vosotros
olores que no sé identificar,
dejando así intactas vuestras cosas

.
-a mí, por ejemplo,
el jazmín me hace llorar,
y las rosas que me abandonaron
deshabitando mis noches-
Cuando escribo veo el mar
azul y a veces blanco,

lenguas verdes y rojas a veces,
y son más sus espesuras
y los papeles capitanes
que se levantan
cuando algo me tumba el silencio;
cuando escribo mi alma
tiene un precio: tú.

Tenía un patio en miel
mosaico y una muchacha,
a ratos con el olor del café
recién hecho de la mañana,

un naranjo y un limonero
que retenían entre las ramas
esas lágrimas de aguaceros
en los pétalos al alba,

y tenía mármoles y rosas
y dos tortugas y tres gorriones,
y en la boca mitades fogosas,
y en el pecho cien corazones,

jazmines de luna resuelta
en la noche que la expone,
cinco soles y tierra fresca,
brillo de anchos miradores,

tenía el rostro de aldea
y manos de redes segadoras,
su nombre era belleza
y su nombre en todas las cosas

de su belleza se resumía,
en el muelle un malecón
y en el mar su poesía
alzaba por cuatro el amor

de peregrinos septiembres,
tenía una barca azul
con aluminios gallardetes,

una luminosa juventud,
tenía una mujer que eras tú,
siempre, siempre y siempre.

Dichosa

Y vas dichosa por tus espacios.
Agua. Eres agua. Lluvia. Eres lluvia
entre los árboles.

Aire. Eres frente a mí un suspiro;
en ti yo resbalo
y en tus espacios bebo.

Tierra. Eres la gente de mi patria
y yo te acompaño. Tierra. Eres mi tierra.

Labio o pómulo,
eres en tus cosas efímeras
un vuelo limpio,
el lino que escapa de las túnicas.

La noche en un círculo te retiene
hermosa, muy hermosa en la noche
de viento y jazmines.

Vas dichosa por tus espacios
y yo te acompaño en tu dicha.

Ángel de luz

Ángel de luz que me lloras
por el desafío recto del llanto,
equiparás de grietas el rostro
y los párpados al quebranto,
sus diademas que no vieron
viseras a nieves y brumas,
ni los castos lunares blancos,
ni las lágrimas por la luna.

Nunca otra hazte invisible
y bebe del agua, ángel mío,
umbría de mi talento a nada,
haz de mi no talento un río
y asoma visible en sus aguas
tiempo y espacio alquilados,
grietas como veredas enormes
por los globos de lo aceptado.

Ángel por los balcones vacíos
de la tierra entonces y cielo,
come de mis manos mensajeras
para esto sin dejar de hacerlo,
sigue con tu lágrimas de verano
y con tus leves inclinaciones,
estrellas fallidas en mis manos
al claro perfil que se exponen.

Al sol que en el patio despliegas,
a la lluvia por todos los aleros,
al día que haces en la noche
y a la escena que llamamos verso;
ángel de mis fierezas y desvaríos,
rojas proporciones del silencio,
musa y ángel que me lloras
por los llantos rotos del cuerpo.

Cogemos el testigo

De las palabras otros nos llevaron
por filosofías de sangre y agua,
antes que estos, los que estamos,
dejándonos las banderas elevadas.

Vamos, lo mejor que sabemos,
escribiéndole ratos a la vida,
y aunque tan alto no volemós
el verso nos brota de las tripas.

Somos lo que leemos y dictamos,
ricos o mendigos, pero sí poesía
y decimos más lo que callamos.

A veces llanto y otras algarabía,
cañaverales, mar, árboles y labios,
cumbres en la noche, rellanos de día.

La inteligencia no consiste
en saber mucho o poco,
sino en dar un buen uso
a lo mucho o poco que sabes.

La paciencia es para aquellos
que no saben que llega
un momento en que todo
empieza a contarse hacia atrás,
el árbol que jamás,
los recuerdos que siempre,
el tiempo que nunca sobra
y siempre falta.

Le he escrito tanto al mar

Le he escrito tanto al mar
que me quedé sin mar
para escribirle
y mis manos se tiñeron de azul
y mis tristezas
persiguen mi rostro.
Le he escrito tanto al mar
que he dejado sin mar la Tierra
y sin cenizas otros huesos,
vacío agónico y profundo
como algo que se repite
hasta perder sus razones.
De azul hasta el cuello,
de azul mis ventanas
regias a la memoria
y de azul los codos.
Le he escrito tanto al mar
que he agotado,
en uno,
todos los mares para escribirle.

Luna y rama caída

Algo terrible sucede
en su rostro de todas las ausencias,
de luna y rama caída
¿pero quién es este que habita
en mi cuerpo
con el olvido de los enterradores?

Este que en la clara luz
de las carnes vive temblando
intacto y silencioso
como un sol antiguo,
figura de calor rodeada de tiempo,
a ratos como una broma
con el grosor
de una brizna de hierba.

Este yo sí. Este yo no
dividido que me da la mano
de lejos siempre, siempre de lejos
¡ay, quién diría que es él
quien advierte los títeres
en mi cabeza! sin pausas,
el que me ama tanto
que cuando muera
morirá conmigo.

Soledad de cuello

Soledad fue en nuestro cuello,
viudo regateo de labios dada,
rápido relámpago; los vellos
como un mar en cresta
que la orilla le vence la batalla.

Ah, quién en guerra de nuevo,
soledad a quién se le presta
a migajas por los senderos
sus oscuros labios y colmillos
aunque redondo fuera el deseo.

Soledades que de perlas niego,
más soledad fuiste en la casa
cuando se nos cayó al suelo
su indigna quietud intacta
y escuchar que nada pasa
dejando sin beso el cuello.

Playas verdes

Siempre que escribo
voy asomando el alma y amaneceres,
haciendo mares
de los desiertos donde estuve,
playas de verdes arenas
y esquinas blancas,
pero no tan siempre olvidos.

Yo espero la palabra
que el silencio me ilumina
al quebranto y al sosiego,
al sufrimiento de no estar
cuando algo maravilloso se crea,
vida o poesía,
el mar de playas verdes.

Hay una voz entre los pájaros
que duerme los árboles de verano,
escucho sus cantos
y hago de sus cantos el canto mío,
hay en mi voz un labio
que al unirlo al otro se hace verso
en un rompeolas blanco y verde.

Nunca cuando escribo
acerco disfraces ardientes
aunque la palabra de luto
llore la muerte del verso desechado,
y que a lo lejos se distinga
el mar de playas verdes y el cielo
que el silencio me muestra.

Motines y cortejos

Para que en el cuarto
tu luz sea la labor
y te busque en las manos.

Para que las horas
sean rumores de proyectos
quietos en la ventana.

Para esta curiosidad
que me aflige pero me alza
templado en tus terrenos.

Para besar la corriente
en tu cuello milagrero.
Para el brillo que desprendes.

Para la sed sufrida y la calma.
Para que este amor
se prolongue en flores.

Para que prolongado nos nombre
en batallas más cercanas.
Para no decirte que te amo.

Para la red quebrada
en risas y no para la lágrima.
Para decirte que te amo.

Para que la tierra se equivoque
y alegre suelte palomas al cielo.
Para dejar en ti otro yo.

Para la semilla. Para el vientre
con movimientos de vida.
Para la arena y para la historia.

para doblarme y enloquecer
si algún día este amor
baja de sus ramas rojas.

Para dejar en ti otro tú.
Para que nos abracen las sombras
cuando no podamos de frente.

Para que el mar nos hable con esperanza.
Para estos motines y cortejos.
Para ti. Para mí. Por nosotros.

Quién detendrá el tiempo

Quién pondrá el tiempo
bajo este sol de años lejanos,
río de aguas consecutivas
como urge la flecha al arco,
galopa, río por tus criptas,
no te pierdas para ser manso
y riega la piedra y la risa;
no se puede parar el movimiento,
no se detiene el amor en un labio,
no se hacen entrañas de otras vividas,
no me busques el pecho o la mano.

Incompleto

Voy sin querer ir
porque el tiempo
a veces se me alborota
y cambia de sitio
los cajones donde me guardo
siempre en regateos,
una mano llora a la otra
y en pérdida
olvidé un pie en la playa
mientras insensatamente
intento completar
el semicírculo de una ceja;
mi cuerpo a trozos
hace lo que quiere de mí
como si cupiera la realidad
y mañana hubiera de volver
a buscar la mano en sollozo
o a tropezar
con mi pie en la playa,
de nuevo.

Ser aire

Quién fuera del aire
aquello que desciende
en las regiones,
ese vacío atrayente
cuyo fin es bajar la risa
por encima de nuestros enseres;
o ser aire. Así de simple
y así de complejo,
aire en los labios de un pétalo;
después que fluya. Corra el aire
por el señorío de la boca
y que nunca en decadencia
vuelva a elevarse,
corra y se eleve el aire y así.

Prefiero

Me quema la ciudad entre las manos,
sus absurdos y sus complejos a todo;
prefiero en la esquina el mar lejano
que ir callado, cuerdo y luego tosco.

Se enreda la frente en sus balcones,
sus flores artificiales y sus horarios;
prefiero las naturales sinrazones
que no cuentan días en calendarios.

Prefiero no estar sin ti, aldea blanca,
y vivir mis edades por tus patios
al son de los marineros en la playa.

Sólo de ti va la ría como un parto
que dará resplandores a mi ventana,
y a mi tiempo y a un único labio.

No me llama el día

No me llama el día
en este mismo sitio,
ni ahora el pan ni la fruta;
sólo sé que voy ciego
a ese hueco cálido
de rápidas sombras,
benditamente oscuro,
oscuramente torcido
donde crezco
actos de honras indecentes
sin buscar otros espacios
que más lejos quedan
en derrotas escondidas
de tiempos mejores.

En la mesa del cuarto
unos brazos y una boca llaman
a estos brazos míos, la boca
clarísima por sus muslos
en sus muslos dejo
y entre dientes hundo
mi cuerpo a soledades
donde todo pierde el nombre,
dolor que otro empezó
a hierro por los años,
y fijos los ojos al alto cielo
algo en mí se vuela,
se posa y se vuela
no en el mismo sitio
del dolor que se empieza.

Pero la noche matizada
me muestra atajos
de sonidos abiertos
por abismos entre rosas.

Música. Luego. Silencio.

Luz de cañas y trigo

No es la luz el misterio sobre ti,
es la luz que tú desprendes,
la misma luz de cañas y trigo
como un sol que resplandece.

El viento que viene de lejos
al tocar tu luz huye,
y huye el eco y huye el río
y persiste la luz que te fluye.

Las nueve de septiembre,
completa de luz solitaria,
halla en mis manos húmedas
la luz que fija la nostalgia

que dejaste grabada a fuego,
y te busco en las cañas y el trigo;
pero el eco huye y el río huye;
queda sólo tu luz y mi camino.

Otros tantos

Somos de tantos otros
otros tantos,
y la luz se nos refleja,
y la noche nos llora,
y la palabra nos teme,
y ponemos bosquejos
en las ventanas
y bodas de cabellos
en los funerales,
y volvemos al origen
del día intermitente
y cosemos tallos y cosas
donde otros tantos
continúen a cientos
por tantos otros.